

EDWARD GIBBON

HISTORIA DE LA DECADENCIA Y CAÍDA DEL
IMPERIO ROMANO

TOMO IV



TURNER

*Historia de la decadencia
y caída del Imperio Romano*

Tomo IV

*El Imperio de Oriente y las cruzadas
(años 733 a 1261)*

*Fin del Imperio de Oriente y coronación de Petrarca
(años 1204 a 1430)*

EDWARD GIBBON

TRADUCCIÓN DE JOSÉ MOR FUENTES

BIBLIOTECA TURNER



Título original:

The History of the Decline and Fall of the Roman Empire

Primera edición en castellano: Turner, 1984

Traducción original de José Mor Fuentes

Esta edición, revisada y actualizada por Luis Alberto Romero:

© 2006 Turner Publicaciones S.L.

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Ilustración de cubierta:

Venus acicalándose, siglo III © Musée du Bardo, Túnez / The Bridgeman Art Library

ISBN-13 (Obra completa): 978-84-15427-20-9

ISBN-13 (Tomo IV): 978-84-15427-19-3

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de la obra, ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin la autorización escrita de la editorial.

ÍNDICE

- LIII Estado del Imperio oriental en el siglo X. Su extensión y división. Su riqueza y rentas. Palacio de Constantinopla. Títulos y funciones. Orgullo y poder de los emperadores. Tácticas de griegos, árabes y francos. Pérdida de la lengua latina. Estudios y soledad de los griegos
- LIV Origen y doctrina de los paulinos. Su persecución por los emperadores griegos. Rebelión en Armenia, etc. Traslación a Tracia. Propagación por Occidente. Semilla, índole y resultados de la reforma
- LV Los búlgaros. Origen, vaivenes y establecimiento de los húngaros. Sus correrías por levante y poniente. Monarquía rusa. Geografía y comercio. Guerras de los rusos con el Imperio griego. Conversión de los bárbaros
- LVI Sarracenos, francos y griegos por Italia. Primeras aventuras y establecimiento de los normandos. Índole y conquistas de Roberto Guiscard, duque de Apulia. Rescate de la Sicilia por su hermano Roger. Victorias de Roberto sobre los emperadores de Oriente y de

Occidente. Roger, rey de Sicilia, invade el África y la Grecia. El emperador Manuel Comneno. Guerras de griegos y normandos. Extinción de los normandos

- LVII Los turcos de la alcurnia de Seljuk. Su rebelión contra Mahmud, conquistador del Indostán. Togrul sojuzga a la Persia y escuda a los califas. Derrota y cautiverio del emperador romano Diógenes por Alp Arslan. Poderío y magnificencia de Malek Shah. Conquista de Asia Menor y Siria. Estado y opresión de Jerusalén. Peregrinaciones al Santo Sepulcro

Las cruzadas

Nota bibliográfica

- LVIII Origen y número de la primera cruzada. Índole de los príncipes latinos. Su marcha a Constantinopla. Política del emperador griego Alexio. Conquista de Niza, Antioquía y Jerusalén por los francos. Rescate del Santo Sepulcro. Godofredo de Bullón, primer rey de Jerusalén. Instituciones del reino francés o latino
- LIX Conservación del Imperio griego. Número, tránsito y paradero de la segunda y tercera cruzadas. San Bernardo. Reinado de Saladino en Egipto y en Siria. Su conquista de

Jerusalén. Cruzadas navales. Ricardo I de Inglaterra. Papa Inocencio III. La cuarta y quinta cruzadas. El emperador Federico II. Luis IX de Francia y las dos últimas cruzadas. Expulsión de los latinos o francos por los mamelucos

LX Cisma entre griegos y latinos. Estado de Constantinopla. Rebeldía de los búlgaros. Isaac Ángelo destronado por su hermano Alexio. Origen de la cuarta cruzada. Alianza de franceses y venecianos con el hijo de Isaac. Su expedición a Constantinopla. Los dos sitios y conquista final de la ciudad por los latinos

LXI Partición del Imperio entre franceses y venecianos. Cinco emperadores latinos de la alcurnia de Flandes y de Curtenay. Sus guerras contra búlgaros y griegos. Mengua y desamparo del Imperio latino. Recobro de Constantinopla por los griegos. Resultas generales de las cruzadas

LXII Los emperadores griegos de Niza y Constantinopla. Ensalzamiento y reinado de Miguel Paleólogo. Su unión fementida con el papa y la Iglesia latina. Intentos enemigos de Carlos de Anjou. Asonada de Sicilia. Guerra de catalanes en Asia y Grecia. Revoluciones y estado presente de Atenas

- LXIII Guerras civiles y desquiciamiento del Imperio griego. Reinados de los Andrónicos mayor y menor y de Juan Paleólogo. Regencia, rebeldía, reinado y renuncia de Juan Cantacuzeno. Establecimiento de una colonia genovesa en Pera o Galata. Sus guerras con el Imperio y ciudad de Constantinopla
- LXIV Conquistas de Gengis Khan y de los mogoles desde la China hasta Polonia. Salvamento de Constantinopla y los griegos. Origen de los turcos otomanos en Bitinia. Reinados y victorias de Otomán, Orchan, Amurates y Rayacelo, primeros. Fundación y progresos de la monarquía turca en Asia y Europa. Peligro de Constantinopla y del Imperio griego
- LXV Enalzamiento de Timur o Tamerlán al solio de Samarcanda. Sus conquistas en Persia, Georgia, Tartaria, Rusia, India, Siria y Anatolia. Su guerra turca. Derrota y cautiverio de Bayaceto. Muerte de Tamerlán. Guerra civil entre los hijos de Bayaceto. Restablecimiento de la monarquía turca por Mohamed I. Sitio de Constantinopla por Amurates II
- LXVI Acuden los emperadores orientales a los papas. Asomadas a Occidente de Juan I, Manuel y Juan II, Paleólogo.

Unión de las Iglesias griega y latina, esforzada en el Concilio de Basilea y concluida en Ferrara y Florencia. Estado de la literatura en Constantinopla. Revive en Italia con los griegos fugitivos. Afán y emulación de los latinos

- LXVII Cisma de griegos y latinos. Reinado e índole de Amurates II. Cruzada de Ladislao, rey de Hungría. Su derrota y muerte. Juan Huniades. Scanderbeg. Constantino Paleólogo, último emperador de Oriente

Los otomanos y el fin del Imperio Bizantino

Nota bibliográfica

- LXVIII Reinado o índole de Mohamed II. Sitio, asalto y conquista final de Constantinopla por los turcos. Muerte de Constantino Paleólogo. Servidumbre de los griegos. Extinción del Imperio Romano en el Oriente. Consternación de Europa. Conquistas y muerte de Mohamed II
- LXIX Estado de Roma desde el siglo XII. Dominio temporal de papas. Sediciones en la ciudad. Herejía política de Arnaldo de Brescia. Restablecimiento de la República. Los senadores. Orgullo de los romanos. Sus guerras. Quedan defraudados de la elección y presencia de los papas,

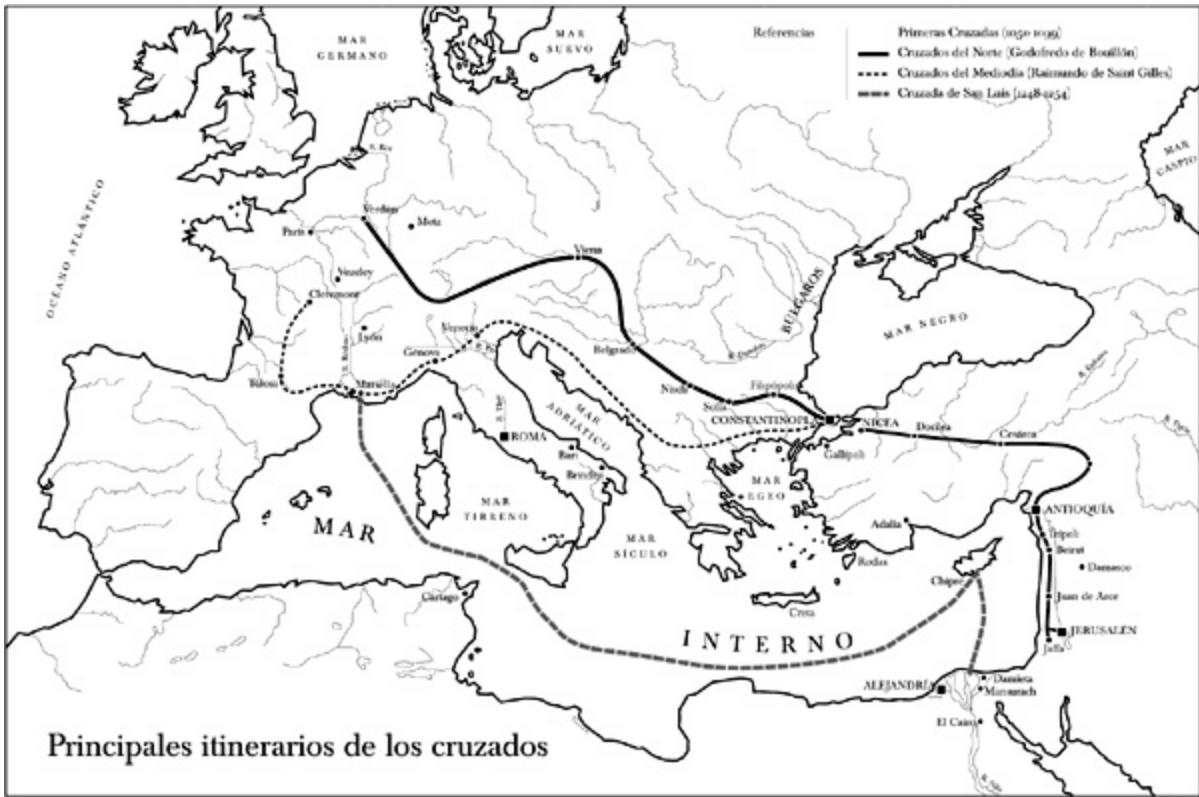
quienes se retiran a Aviñón. El jubileo.
Familias nobles de Roma. Encono entre
Colonnas y Ursinos

El cisma de Occidente y la historia de los papas

Nota bibliográfica

- LXX Índole y coronación de Petrarca.
Restablecimiento de la libertad y
gobierno del tribuno Rienzi en Roma.
Sus prendas, sus achaques, su
expulsión y muerte. Regreso de los
papas de Aviñón. Gran cisma en
Occidente. Reunión de la Iglesia latina.
Últimos conatos de la libertad romana.
Estatutos de Roma. Establecimiento
final del Estado eclesiástico
- LXXI Perspectiva de las ruinas de Roma en
el siglo XV. Cuatro causas de
menoscabo y exterminio. Ejemplo del
Coliseo. Renovación de la ciudad.
Conclusión de toda la obra

Notas



LIII

ESTADO DEL IMPERIO ORIENTAL EN EL SIGLO X - SU EXTENSIÓN Y DIVISIÓN - SU RIQUEZA Y RENTAS - PALACIO DE CONSTANTINOPLA - TÍTULOS Y FUNCIONES - ORGULLO Y PODER DE LOS EMPERADORES - TÁCTICAS DE GRIEGOS, ÁRABES Y FRANCOS - PÉRDIDA DE LA LENGUA LATINA - ESTUDIOS Y SOLEDAD DE LOS GRIEGOS

*U*n rayo de luz parece equilibrar la oscuridad del siglo X. Abrimos con curiosidad y respeto los volúmenes reales de Constantino Porfirogénito ¹ -quien los escribió en la madurez para instrucción de su hijo- ya que prometen desplegar la situación del Imperio oriental en la paz y la guerra, en el interior y en el exterior. En el primero, describe con minuciosidad las ceremonias pomposas de la iglesia y del palacio de Constantinopla, según sus propias costumbres y las de sus antecesores. ² En el segundo, intenta una reseña ajustada de las provincias -los temas, como los llamaban-, tanto en Asia como en Europa. ³ En la tercera de las colecciones didácticas, que pueden atribuirse a Constantino o a su padre León, ⁴ se explican el sistema de las tácticas romanas, la disciplina y el orden de la tropa y las operaciones militares de mar y de tierra. En la cuarta obra, sobre el régimen del Imperio, se revelan los secretos de la política bizantina en sus relaciones amistosas u hostiles con las naciones del mundo.

Las obras literarias de la época, el sistema práctico de leyes, la agricultura y la historia redundan en beneficio de los súbditos y en la honra de los príncipes macedonios. Los

sesenta libros de los basileos, ⁵ el código y los digestos de la jurisprudencia civil se estructuraron en los tres primeros reinados de aquella próspera dinastía. Los sabios de la Antigüedad habían ocupado su tiempo libre y ejercitado su pluma con la agricultura, y sus preceptos se compendiaron en los veinte libros de *Geoponics* (geoponía) de Constantino. ⁶ Por encargo suyo, ejemplos históricos de vicios y virtudes se inscribieron en cincuenta y tres libros, ⁷ y cada ciudadano pudo aplicar a sus contemporáneos o a sí mismo las lecciones o advertencias de los tiempos pasados. Del augusto papel de legislador, el emperador de Oriente descendió al más humilde oficio de maestro y escriba, y si tanto sucesores como súbditos quedaron relegados de sus paternales desvelos, nosotros heredamos y disfrutamos su herencia eterna.

Un estudio más profundo reducirá, sin duda, el valor de su legado y la gratitud de la posteridad –aun en posesión de esos tesoros imperiales, debemos lamentar nuestra pobreza e ignorancia–, y el brillo declinante de sus autores se borrarán con la indiferencia o el desprecio. Los Basílicos se reducirán a una versión en griego –rota, parcial y cercenada– de las leyes de Justiniano; el tino de los antiguos juristas será suplantado a menudo por la intolerancia, y la prohibición absoluta del divorcio, el concubinato y el préstamo con intereses esclavizarán la libertad de comercio y la felicidad de la vida privada. En los libros históricos, los súbditos de Constantino podían admirar las inimitables virtudes de Grecia y de Roma y aprender cuánta energía y elevación se habían alcanzado en la Antigüedad, pero una nueva edición de la vida de los santos que encargó el gran logoteta o canciller del imperio produjo el efecto contrario, y aquel caudal de supersticiones se enriqueció con las fabulosas y floridas leyendas de Simón Metafrastes. ⁸ Los méritos y milagros de un calendario íntegro cuentan menos a los ojos de un sabio que el duro trabajo de un simple

labrador que multiplica los dones del Creador y abastece a sus hermanos.

Todavía los autores reales de la *Geoponics* se abocaban más seriamente a exponer los preceptos del arte de la destrucción –que desde los tiempos de Jenofonte ⁹ se enseñaba como el oficio de héroes y reyes–, pero las *Tácticas* de León y de Constantino se mezclaban con la aleación más baja de los tiempos en que vivían, pues carecía de genio original y copiaba sin reservas las reglas y máximas que se habían confirmado con las victorias. Carecía de estilo y de método, y confundían las instituciones más lejanas e inconexas: las falanges de Esparta y las de Macedonia, las legiones de Catón y de Trajano, de Augusto y Teodosio. Hasta el uso o, por lo menos, la importancia de aquellos rudimentos militares pueden cuestionarse: la razón dicta la teoría general, pero el mérito y sus inconvenientes residen en su aplicación. El soldado se disciplina y se forma con el ejercicio más que con el estudio; el talento de un comandante radica en una mente calma y rápida a la vez que produce la naturaleza para decidir la suerte de los ejércitos y de las naciones; lo primero es parte de los hábitos de vida; lo segundo, el disparo de un momento. Las batallas ganadas con lecciones de táctica están en los poemas épicos que se crean con las reglas de los críticos.

El libro de ceremonias es un recitado aburrido e imperfecto de la pompa despreciable que infestaba la Iglesia y el Estado desde la pérdida gradual de la pureza de aquélla y del poder de éste. Una reseña de las provincias podría prometer información auténtica y útil, como sólo las curiosidades de los gobiernos pueden dar, en vez de las fábulas tradicionales sobre el origen de las ciudades y de los epigramas maliciosos sobre los vicios de sus habitantes. ¹⁰ El historiador habrá estado satisfecho de registrar tal información, y no se debe condenar su silencio si lo más interesante –la población de la capital y los temas, la

cantidad de los impuestos y de los réditos, el número de súbditos y extranjeros que sirvieron bajo el estandarte del Imperio- pasó inadvertido para León, el filósofo, y su hijo Constantino.

Su tratado de la administración tiene idénticas deficiencias, aunque se rescatan algunos méritos: la antigüedad de las naciones podrá ser dudosa o fantástica, pero la geografía y las costumbres del mundo de los bárbaros se exponen con notable exactitud. Entre estas naciones, sólo los francos fueron capaces de observar y describir la metrópolis de Oriente. El embajador de Otón el Grande, obispo de Cremona, pintó la situación de Constantinopla a mediados del siglo X con lenguaje florido, narración viva y observaciones agudas; incluso los prejuicios y las pasiones de Luitprando fueron estampadas con libertad y originalidad. ¹¹ Por más que escaseen los materiales extranjeros y locales, investigaré la forma y la sustancia del Imperio Bizantino, sus provincias y riquezas, el gobierno civil y la fuerza militar, el carácter y la literatura de los griegos en un período de seis siglos, desde el reinado de Heraclio hasta la exitosa invasión de los francos o latinos.

Después de la división final entre los hijos de Teodosio, hordas de bárbaros escitas y germanos se extendieron por las provincias y extinguieron el Imperio de la antigua Roma. La debilidad de Constantinopla se ocultaba tras la extensión de sus dominios: sus límites permanecían inviolados o, por lo menos, íntegros, y en el reinado de Justiniano habían crecido con la espléndida adquisición de Italia y de África. Pero esas conquistas fueron transitorias y precarias, y las armas sarracenas arrancaron casi la mitad del Imperio de Oriente. Los califas oprimieron Siria y Egipto y, una vez sometida África, sus lugartenientes invadieron y sojuzgaron la provincia romana de España, que se había transformado en una monarquía goda. Su poderío naval les facilitó las islas del Mediterráneo, y desde sus apostaderos extremos -

las bahías de Creta y las fortalezas de Cilicia- los emires, leales o rebeldes, insultaban la majestad del trono y la capital. Las provincias restantes, bajo la obediencia de los emperadores, se amoldaron a la nueva situación; y los temas ¹² o gobiernos militares, que prevalecieron con los sucesores de Heraclio y fueron descritos por la pluma del escritor imperial, reemplazaron la jurisdicción de presidentes, cónsules y condes.

El origen de los veintinueve temas -doce en Europa y diecisiete en Asia- es oscuro, y la etimología, dudosa o caprichosa. Sus límites eran arbitrarios y fluctuantes, pero ciertos nombres que suenan muy extraños a los oídos derivan del carácter y los atributos de las tropas que se mantenían a expensas de las respectivas divisiones y para su guardia. La vanidad de los príncipes griegos se aferraba con ansiedad a la sombra de las conquistas y el recuerdo de los dominios perdidos. Al oeste del Éufrates, se creó una nueva Mesopotamia; la pretoría de Sicilia se trasladó a un estrecho sector de Calabria, y a un fragmento del ducado de Benevento le dio el nombre y la categoría de tema de Lombardía. Con la declinación del Imperio árabe, los sucesores de Constantino satisficieron su orgullo con ventajas más sólidas. Las victorias de Nicéforo, de Juan Tzimisces y de Basilio II revivieron la fama y ensancharon los límites del nombre romano, pues la provincia de Cilicia, la metrópolis de Antioquía y las islas de Creta y Chipre volvieron a la alianza de Cristo y César, se anexó al trono de Constantinopla un tercio de Italia, se destruyó el reino de Bulgaria y los últimos soberanos de la dinastía macedonia extendieron sus dominios desde los manantiales del Tigris hasta las cercanías de Roma.

En el siglo XI, nuevos enemigos y fracasos nublaron otra vez la perspectiva, pues los aventureros normandos arrebataron las reliquias de Italia, y los conquistadores turcos podaron casi todas las ramas asiáticas del tronco

romano. Después de esas pérdidas, la familia Comneno siguió reinando desde el Danubio hasta el Peloponeso, desde Belgrado hasta Niza, Trebisonda y el serpenteante cauce del Meandro. Obedecían su cetro las extensas provincias de Tracia, Macedonia y Grecia; las cincuenta islas del mar Egeo o Sagrado ¹³ acompañan la posesión de Chipre, Rodas y Creta, y los residuos de su imperio superaban los territorios del mayor reino europeo.

Los mismos príncipes podían afirmar con dignidad y verdad que, entre todos los monarcas de la cristiandad, ellos poseían la ciudad más grandiosa, ¹⁴ la renta más alta y el estado más floreciente y populoso. Las ciudades de Occidente habían declinado y caído junto con el Imperio, y mal podían las ruinas de Roma o los muros de barro, las chozas de madera y los estrechos recintos de París y de Londres preparar al extranjero latino para contemplar la situación y la extensión de Constantinopla, sus grandiosos palacios y templos, y las artes y el lujo de un pueblo numeroso.

Sus tesoros eran atractivos, pero su poderío virginal había rechazado y prometía continuar rechazando las invasiones audaces de persas, búlgaros, árabes y rusos. Menos afortunadas e inexpugnables eran las provincias, pues había pocos distritos y pocas ciudades que no hubiese descubierto y violado algún bárbaro ávido de despojos. Desde los tiempos de Justiniano el Imperio oriental venía decayendo de su antiguo nivel, el poder de destrucción era más activo que el de mejora, y la tiranía civil y eclesiástica volvía más amargas las calamidades de la guerra. Los cautivos que habían escapado de los bárbaros solían ser desposeídos y encarcelados por los funcionarios del soberano. Con la superstición griega, el rezo quebrantaba el ánimo y el ayuno el cuerpo, y los muchos conventos y festividades quitaban manos al servicio temporal de la nación durante gran cantidad de días.

Los súbditos del Imperio Bizantino todavía eran los más diestros y laboriosos del mundo; su país estaba bendecido por las ventajas naturales del suelo, el clima y la situación, y su carácter paciente y pacífico era más útil para el sostén y la restauración de las artes que la anarquía feudal y el espíritu guerrero de Europa. Las provincias que permanecían en el Imperio se repoblaban y enriquecían con los infortunados que provenían de los territorios perdidos. Los católicos de Siria, Egipto y África, huyendo del yugo de los califas, se acogieron al amparo de su príncipe y a la sociedad de sus hermanos. Con las riquezas que lograron sustraer de las pesquisas, aliviaron su destierro, y Constantinopla recibió en su seno el comercio fugitivo de Alejandría y Tiro. Los líderes de Armenia o Escitia que escaparon de la persecución hostil o religiosa hallaban considerado hospedaje, y sus seguidores fueron alentados para que construyeran nuevas ciudades y cultivaran terrenos baldíos. Así, muchos sitios de Asia y de Europa conservaron el nombre, las costumbres o, por lo menos, la memoria de sus colonias nacionales. Incluso los bárbaros asentados en territorio del Imperio por medio de las armas debieron allanarse a las leyes eclesiásticas y seculares, y desde que fueron separados de los griegos, proveyeron una raza de soldados fieles y obedientes. Poseemos material suficiente para estudiar los veintinueve temas de la monarquía bizantina, y nuestra curiosidad puede satisfacerse con un ejemplo: es una dicha hacer luz sobre la provincia más interesante, pues el nombre del Peloponeso despertará la atención de todo lector de clásicos.

Ya desde el siglo VIII, en medio del turbulento reinado de los iconoclastas, bandas de esclavonios atravesaron Grecia y el Peloponeso ¹⁵ hasta llevarse el estandarte real de Bulgaria. Los extranjeros de antaño –Cadmó, Feneo y Pélope– habían plantado en aquel suelo fructífero las semillas de la política y de la literatura, pero los salvajes del

norte arrancaron cuanto quedaba de aquellas raíces, ya enfermas y marchitas. Con esta irrupción, el país y los moradores se transformaron: la sangre griega se contaminó y los orgullosos nobles del Peloponneso quedaron marcados con los apelativos de extranjeros y esclavos. Gracias a la diligencia de los sucesivos príncipes, la tierra fue purificada de los bárbaros, hasta cierto punto, y los que quedaron debieron atarse a un juramento de obediencia, tributo y servicio militar, que solían quebrantar y renovar con asiduidad.

El sitio de Patras lo llevó a cabo una extraña conjunción de esclavonios y sarracenos de África. En los últimos estertores, el piadoso engaño de que se acercaba el pretor de Corinto revivió el valor de los ciudadanos: hicieron una salida exitosa, se embarcaron los extranjeros y huyeron los rebeldes. La gloria de aquel día se atribuye a un espíritu o a un extraño que peleó en las primeras filas bajo la forma de san Andrés apóstol. Se decoró el santuario que contiene sus reliquias con los trofeos de la victoria, y los cautivos quedaron atados al servicio y vasallaje de la iglesia metropolitana de Patras.

La paz de aquella península solía quebrarse por las rebeliones, en las cercanías de Helos y Lacedemonia, de dos tribus esclavonias que insultaban la debilidad o resistían la opresión del gobierno bizantino, hasta que por fin hubo que concederles una bula de oro para definir los derechos y obligaciones de los ezeritas y melingos, cuyo tributo anual se fijó en mil doscientas piezas de oro. Entre estos extranjeros, el geógrafo imperial distinguió con certeza un grupo local, quizás originario, cuya sangre debía provenir en cierto grado de los injuriados ilotas. La liberalidad de los romanos, y en especial la de Augusto, había rescatado del dominio de Esparta las ciudades marítimas, que después fueron ennoblecidas con el título de *eleuteros* o laconios libres.

¹⁶ En tiempos de Constantino Porfirogénito, adquirieron el

apodo de *mainotas*, bajo el cual deshonraron su lucha por la libertad con el pillaje de todo lo que naufragaba en sus playas rocosas. Su terreno, estéril de trigo, pero abundante en olivos, se extendía hasta el cabo de Malea. Ellos aceptaron un príncipe o caudillo del pretor bizantino. Un tributo liviano de cuatrocientas piezas de oro era la prenda de su inmunidad, más que de su dependencia. Los ciudadanos de Laconia asumían la identidad de romanos, pero su religión era la de los griegos. El celo del emperador Basilio los hizo bautizar en la fe de Cristo, pero los altares de Venus y de Neptuno seguían coronados con rústicos exvotos quinientos años después de ser prohibidos en el mundo romano.

Todavía se contaban cuarenta ciudades en el tema del Peloponeso, ¹⁷ y Esparta, Argos y Corinto se mantenían, en el siglo X, equidistantes entre el antiguo esplendor y la desolación de ese momento. Se impuso en las tierras o en beneficio de la provincia el deber del servicio militar, personal o por sustitutos. Los arrendatarios prósperos estaban gravados en cinco piezas de oro, e igual tasa tenían muchos otros de menor valía. Cuando se proclamó la guerra de Italia, los pobladores del Peloponeso lograron eximirse con la oferta voluntaria de cien libras de oro y mil caballos armados y enjaezados. Las iglesias y los monasterios aprovisionaron su contingente; se obtuvieron beneficios sacrílegos de la venta de honores eclesiásticos, y el indigente obispo de Leucadia ¹⁸ fue hecho responsable de una pensión de cien piezas de oro. ¹⁹

Pero la riqueza de la provincia y el afianzamiento de sus rentas se fundaban en el justo y pleno producto del comercio y las manufacturas. Algunas muestras de política liberal se encuentran en una ley que exime de impuestos personales a los marineros del Peloponeso y a los obreros del pergamino y la púrpura. Bajo esta denominación pueden incluirse las manufacturas de lino, lana y, en especial, seda:

las dos primeras florecieron desde los tiempos de Homero, y la última se introdujo probablemente en el reinado de Justiniano. Estos oficios –que se ejercían en Corinto, Tebas y Argos– suministraban alimento y trabajo a gran cantidad de personas. Hombres, mujeres y niños eran distribuidos según su edad y sus fuerzas; muchos eran esclavos domésticos, y sus dueños –que dirigían la empresa y disfrutaban de los beneficios– eran libres y de condición honorable.

Los regalos de una matrona rica y generosa del Peloponeso al emperador Basilio, su hijo adoptivo, fueron, sin duda, fabricados en los telares griegos. Danielis le dio una alfombra de lana finísima, cuyo diseño imitaba la cola de un pavo real, y cuyas dimensiones sobrepasaban el piso de la nueva iglesia erigida bajo la triple advocación de Cristo, san Miguel arcángel y el profeta Elías. Además, le dio seiscientas piezas de seda y lino, de varios usos y nombres: las de seda, teñidas de púrpura y adornadas con bordados; y las de lino, tan delgadas que podían arrollarse en el interior de una caña. ²⁰

En la descripción de las manufacturas griegas, un historiador siciliano calculó su precio según el peso y calidad de la seda, la trama, la belleza de sus colores y el gusto y los materiales del bordado. Un hilado sencillo, doble o triple, se consideraba suficiente para las ventas comunes, pero el de seis hebras era una pieza con mano de obra más costosa. Entre los colores, el historiador elogiaba el fuego del escarlata y el suave brillo del verde. El bordado se realizaba con seda y oro, desde unos simples trazos o círculos hasta hermosas flores; las prendas hechas para palacios y templos solían adornarse con piedras preciosas, y las figuras se delineaban con sartas de perlas orientales. ²¹

Hasta el siglo XII, de toda la cristiandad, sólo Grecia poseía gusanos de seda y trabajadores que conocieran el oficio de preparar ese material de lujo. Pero los árabes descubrieron el secreto, pues los califas de Oriente y

Occidente no querían comprar sus ropas y otros elementos a los “infieles”. Dos ciudades de la península Ibérica, Almería y Lisboa, se hicieron famosas por la manufactura, uso y, quizás, exportación de la seda. Los normandos la introdujeron en Sicilia: aquella migración del comercio hace notable la victoria de Roger entre tantas hostilidades inútiles, pues después de saquear Corinto, Atenas y Tebas, su lugarteniente se embarcó con un grupo de esclavos, tejedores y artesanos de ambos sexos, un gran trofeo para su señor y una desgracia para el emperador griego.²² El rey de Sicilia supo valorar la calidad del regalo, y cuando devolvió prisioneros, exceptuó únicamente a los fabricantes de Tebas y Corinto, que trabajaban –dice el historiador bizantino– para un señor bárbaro, como los eretrios antiguos al servicio de Darío.²³ Se construyó un edificio majestuoso en el palacio de Palermo para ubicar esa colonia industrial, ²⁴ y sus hijos y discípulos propagaron el oficio para satisfacer las demandas crecientes del mundo occidental. La decadencia de los telares sicilianos puede atribuirse a las turbulencias de la isla y a la competencia de las ciudades italianas. En 1314, sólo Luca, entre sus repúblicas hermanas, disfrutaba de ese lucrativo monopolio.²⁵ Una rebelión interna dispersó las manufacturas por Florencia, Bolonia, Venecia, Milán e, incluso, del otro lado de los Alpes. A los trece años de aquel acontecimiento, los estatutos de Módena dispusieron la plantación de moreras y regularon los impuestos sobre la seda cruda.²⁶ El clima del norte era menos propicio para la cría del gusano de seda, pero los productos de Italia y de la China abastecieron y enriquecieron la industria de Francia e Inglaterra.²⁷

Debo reiterar la queja porque las escasas e imprecisas memorias sobre aquellos tiempos no me permiten calcular los impuestos, las rentas y los recursos del Imperio griego. De todas las provincias de Asia y Europa, regueros de oro y plata descargaban un caudal permanente en las reservas

imperiales. Así aumentaba la magnitud de Constantinopla, aunque las máximas del despotismo restringían el Estado a la capital, ésta al palacio y el palacio a la persona del emperador. Un viajero judío del siglo XII se asombró de las riquezas bizantinas. “Es aquí –dijo Benjamín de Tudela–, en la reina de las ciudades, donde se depositan anualmente los tributos del Imperio griego, y sus altas torres rebosan de seda, púrpura y oro. Se dice que Constantinopla paga cada día a su soberano veinte mil piezas de oro recaudadas de tiendas, tabernas y mercados, y de los mercaderes de Persia y Egipto, de Rusia y de Hungría, de Italia y de España, que frecuentan la capital por mar y por tierra.” ²⁸ En asuntos pecuniarios, la autoridad de un judío es indudable, pero como por trescientos sesenta y cinco días habría una renta anual de más de siete millones de libras esterlinas, me inclino a descontar por lo menos las numerosas festividades del calendario griego. El total atesorado por Teodora y Basilio II brinda una idea espléndida, aunque indefinida, de sus ingresos y recursos. La madre de Miguel, antes de retirarse al claustro, intentó controlar la prodigalidad de su ingrato hijo con una manifestación fiel de las riquezas que él heredaría: ciento nueve mil libras de oro de oro [50 t] y trescientas mil de plata [138 t], producto de su propia economía y de la de su difunto marido. ²⁹ La avaricia de Basilio no era menor que su valor y su fortuna: recompensó a sus ejércitos victoriosos sin llegar a tocar las doscientas mil libras de oro [92 t] enterradas en los sótanos del palacio. ³⁰ La teoría y la práctica de la política moderna rechazan tal acumulación; tendemos a considerar las riquezas nacionales según el uso y abuso del crédito público, aunque un monarca temible para sus enemigos y una república apreciable para sus aliados todavía se aferran al sistema antiguo, y ambos alcanzaron sus propósitos de poder militar y tranquilidad interna.

De todo lo que podía usarse para las necesidades presentes o reservarse para el futuro, el primero y el más sagrado requerimiento era el del ceremonial y el placer del emperador, y quedaba a su criterio la dimensión de sus gastos privados. Los príncipes de Constantinopla vivían lejos de toda sencillez natural, pero por temporadas se retiraban, por gusto o por moda, hacia el aire puro, lejos del humo y el bullicio de la capital. Disfrutaban, o aparentaban hacerlo, del rústico festival de la vendimia; se divertían con la caza o con el sosiego de la pesca, y en los veranos ardientes se alejaban del sol y se refrescaban con la brisa marina. Las playas e islas de Asia y Europa estaban cubiertas de villas lujosas, cuyos mármoles, en vez de realzar la grandiosidad de la naturaleza, destacaban la opulencia de sus dueños y el trabajo de los arquitectos. Las sucesivas herencias recibidas y las confiscaciones hicieron de los soberanos dueños de muchas viviendas majestuosas en la ciudad y en los suburbios, de las cuales, doce estaban adjudicadas a los ministros de Estado. Sin embargo, el gran palacio,³¹ centro de la residencia imperial, se mantuvo once siglos situado en el mismo lugar, entre el hipódromo, la catedral de Santa Sofía y los jardines que descendían en terrazas a las playas del Propóntide [actual mar de Mármara]. El edificio primitivo del primer Constantino era una copia de la antigua Roma; las mejoras graduales de los sucesores aspiraban a emular las maravillas del viejo mundo,³² y en el siglo X el palacio bizantino despertaba la admiración, al menos, de los latinos, por su indiscutible fortaleza, extensión y suntuosidad.³³

Pero el trabajo y los tesoros de tanto tiempo habían producido un gran amontonamiento, pues cada edificio llevaba las marcas de su tiempo y su fundador, y la necesidad de espacio podía disculpar al monarca reinante que derribaba, quizás con secreto placer, las obras de sus antecesores. La economía de Teófilo le permitió mayor libertad y alcance para sus lujos privados. Un embajador

favorito, quien dejó atónitos a los abásidas con su orgullo y su liberalidad, mostró a su regreso la maqueta de un palacio recién construido por el califa de Bagdad a la orilla del Tigris: el modelo fue copiado y sobrepasado de inmediato, pues el nuevo edificio de Teófilo ³⁴ tenía jardines y cinco iglesias, una de las cuales se destacaba por su grandiosidad y hermosura. La coronaban tres domos, el techo dorado descansaba sobre columnas de mármol de Italia y las paredes estaban revestidas de mármol de varios colores. En la fachada de la iglesia, un pórtico en semicírculo con el nombre y la forma de la letra griega sigma se sostenía con quince columnas de mármol frigio, y las criptas tenían una construcción similar. Una fuente con las márgenes chapeadas de plata decoraba la parte delantera de la sigma. Al principio de cada estación, aquel estanque, en vez de agua, se llenaba con las frutas más exquisitas, que se dejaban al pueblo para entretenimiento del príncipe, quien observaba sentado en un trono de oro y piedras preciosas, que se elevaba por una escalera de mármol a una terraza alta. Debajo del trono se sentaban los oficiales de su guardia, los magistrados y los jefes de las facciones del circo; en los últimos escalones, se arremolinaba el pueblo, y luego los bailarines, cantantes y mimos. La plaza estaba rodeada por el salón de la justicia, el arsenal y varias oficinas de negocios o de recreos. La sala de la púrpura se llamaba así porque en ella la propia emperatriz repartía anualmente ropas escarlata y púrpura. Las numerosas estancias se adaptaban a las diversas estaciones y estaban decoradas con mármoles y pórfido, pinturas, esculturas y mosaicos, y oro, plata y pedrería. Su magnificencia extravagante requería la habilidad de los artistas de la época, aunque el gusto de Atenas despreciara esas labores frívolas y costosísimas: un árbol de oro cuyas hojas y ramas abrigaban bandadas de pajaritos que trinaban gorjeos

artificiales, y dos leones de oro macizo, de tamaño natural, que rugían como sus hermanos de la selva.

Los sucesores de Teófilo, de las dinastías Basilia y Comnena, no eran menos ambiciosos y querían dejar alguna memoria de su residencia. La parte del palacio más augusta y esplendorosa estaba dignificada con el nombre de triclinio dorado.³⁵ Con apropiada modestia, los griegos nobles y acaudalados trataban de imitar a su soberano, y cuando transitaban por las calles a caballo con sus ropas de seda bordadas, los confundían con hijos de reyes.³⁶ Una matrona del Peloponeso³⁷ que había mantenido la fortuna de Basilio el Macedonio quiso, por cariño o vanidad, visitar a su hijo adoptivo. Le resultaba difícil -por su edad o su indolencia- hacer el viaje de quinientas millas [805km] desde Patras hasta Constantinopla a caballo o en carro, y diez esclavos robustos la cargaron con la litera a hombros. Unos trescientos esclavos fueron usados para hacer relevos a distancias cómodas. En el palacio bizantino, la agasajaron con reverencia filial y los honores de una reina, y, cualquiera haya sido el origen de su riqueza, sus regalos no eran indignos de la jerarquía imperial. Ya he descrito las manufacturas curiosas y delicadas del Peloponeso, en lino, seda y lana, pero el regalo más halagüeño fue el de trescientos jóvenes hermosísimos, de los cuales cien eran eunucos,³⁸ pues “ella no ignoraba -dice el historiador- que el ambiente de palacio era más propicio para tales insectos que el establo de un pastor para las moscas de verano”. Durante su vida donó la mayor parte de sus propiedades del Peloponeso, y en su testamento instituyó a León, hijo de Basilio, como heredero universal. Después de descontar los legados, se adicionaron ochenta villas o granjas al dominio imperial, y el nuevo dueño libertó a tres mil esclavos de Danielis y los trasladó a las colonias de la costa de Italia. Con este ejemplo de la matrona, se puede estimar la riqueza y magnificencia de los emperadores. Nuestros

placeres se reducirán a un círculo estrecho, pero, cualquiera sea su valor, el amo de sí mismo posee sus lujos con más inocencia y seguridad que el administrador de la fortuna pública.

En un gobierno absolutista que nivela las distinciones de nacimiento noble y plebeyo, el soberano es la única fuente de honor, y las jerarquías en palacio y en el Imperio estriban únicamente en los títulos y cargos que se conceden según su arbitrariedad. Durante más de mil años, desde Vespasiano hasta Alejo Comneno, ³⁹ el de César era el segundo grado después del supremo título de Augusto que se otorgó con más liberalidad a los hijos y hermanos del monarca reinante. Para eludir sin violar su promesa a un asociado poderoso, el marido de su hermana, y sin colocarse a sí mismo en igualdad, premiar la religiosidad de su hermano Isaac, el astuto Alejo interpuso una dignidad nueva y superior. La flexibilidad de la lengua griega le permitió unir los nombres de Augusto y de emperador (*Sebastos* y *Autocrator*) en el altisonante título de *Sebastocrator*. Se encumbraba sobre el César, en un primer paso hacia el trono; se vitoreaba su nombre en las aclamaciones públicas y sólo se diferenciaba del soberano con ciertos adornos peculiares en los pies y en la cabeza.

Sólo el emperador podía usar la púrpura o los borceguíes rojos, y la diadema o tiara ajustada, según la moda de los reyes persas. ⁴⁰ Ésta era un casquete piramidal, de paño o de seda, lleno de perlas y joyas; la corona se formaba con un círculo horizontal y dos arcos de oro; en el tope, donde se cruzaban, llevaba un globo o cruz, y tiras de perlas colgaban por ambos lados sobre las mejillas. En lugar de rojos, los borceguíes del *Sebastocrator* y del César eran verdes, y las piedras eran más escasas en sus coronas. Al lado y debajo del César, la fantasía de Alejo creó el *Panhipersebastos* y el *Protosebastos*, cuyas sonoridad y significación halagaban los

oídos griegos, pues implicaban una superioridad sobre el nombre simple de Augusto. Este título primitivo y sagrado de los príncipes romanos fue degradado para los familiares y sirvientes de la corte bizantina. La hija de Alejo celebró con complacencia la astuta gradación de títulos y honores, pero la ciencia de las palabras es accesible también para los menos capaces, y este diccionario de vanidades fue enriquecido con facilidad por el orgullo de sus sucesores. A sus hijos y hermanos predilectos, Alejo otorgó el título más alto de señor o déspota, que ilustró con nuevos ornamentos y prerrogativas, y colocó inmediatamente después de la propia persona del emperador. Los cinco títulos (*déspota*, *Sebastocrator*, *César*, *Panhipersebastos* y *Protosebastos*) se limitaban a los príncipes de su sangre y eran prolongaciones de su majestad, pero como éstos no desempeñaban función alguna, su existencia era inútil; y su autoridad, precaria.

Pero en toda monarquía hay que dividir el gobierno entre los ministros del palacio, del tesoro, del ejército y de la armada. Los títulos pueden modificarse, y con los siglos, condes y prefectos, pretores y cuestores fueron imperceptiblemente descendiendo, mientras sus sirvientes fueron elevados a los sumos honores del Estado. 1. En una monarquía que todo lo refiere a la persona del príncipe, el cuidado y las ceremonias del palacio son las más respetables instituciones. El *protovestiarario*, cuyo cargo primitivo se limitaba al resguardo del ajuar, desbancó al *curopalata*,⁴¹ tan encumbrado en tiempos de Justiniano. Desde entonces su jurisdicción se extendió sobre numerosas minucias del lujo y el ceremonial, y presidía con su varilla de plata las audiencias públicas y privadas. 2. En el sistema antiguo de Constantino, se aplicaba el nombre de logoteta o contable a los recaudadores de la hacienda. Sus principales empleados se distinguían como logoteta del patrimonio, de las postas, del ejército, del patrimonio público y privado, y el gran logoteta, guardián supremo de leyes y rentas, se compara

con el canciller de las monarquías latinas.⁴² Su ojo perspicaz vigilaba todo el ámbito de la administración civil; lo acompañaban, con debida subordinación, el exarca o prefecto de la ciudad, el primer secretario, los guardasellos y los archiveros. La tinta roja o de púrpura estaba reservada únicamente para la firma sagrada del emperador.⁴³ El introductor y el intérprete de los embajadores extranjeros eran el gran *chiaus*⁴⁴ y el *dragoman*,⁴⁵ voces de origen turco y corrientes todavía en la Sublime Puerta. 3. Desde el lenguaje humilde y la servidumbre de guardias, los domésticos fueron ascendiendo a la jerarquía de generales; los temas militares de Este y Oeste, con sus legiones de Asia y Europa, se solían dividir, hasta que por último el gran doméstico quedó revestido con el mando universal y absoluto de las fuerzas terrestres. El *protostrator*, al principio un simple asistente del emperador cuando éste montaba a caballo, ascendió gradualmente hasta ser lugarteniente del gran doméstico en campaña, y su jurisdicción llegó a comprender las caballerizas, la caballería y hasta la caravana real de caza y cetrería. El *estratopedarca* era el juez supremo del campamento; el *protospatario* mandaba la guardia, el condestable,⁴⁶ el gran eteriarca y el acólito eran los caudillos de francos, bárbaros y vástagos o ingleses, los extranjeros asalariados que, con la decadencia del espíritu nacional, constituían el nervio del ejército bizantino. 4. Las fuerzas navales estaban bajo el mando del gran duque; en su ausencia, estaba el gran drungario de la armada, y en su lugar, el emir o almirante, nombre de origen sarraceno,⁴⁷ naturalizado ya en todas las lenguas modernas de Europa. Con esos oficiales y muchos otros cuyos nombres sería inútil enumerar, se estructuraban las jerarquías civiles y militares. Sus honores y sueldos, sus trajes y títulos, sus saludos mutuos y preeminencias respectivas se equilibraban con más trabajo que el que habría podido fijar la constitución de un pueblo libre. Ese código estaba casi perfeccionado

cuando esta tela estructura infundada, el monumento al orgullo y a la servidumbre, quedó enterrada para siempre en las ruinas del Imperio. ⁴⁸

Los títulos más altos y las posiciones más humildes, cuya devoción aplicaban al Ser Supremo, se prostituyeron por la adulación y el miedo hacia criaturas de la misma naturaleza que nosotros. Diocleciano había tomado de la servidumbre persa el sistema de adoración ⁴⁹ de postrarse en el suelo y besar los pies al emperador, sistema que continuó y se agravó hasta el final de la monarquía griega. Excepto los domingos, en que se dejaba de lado por motivos religiosos, se exigía aquella inclinación humillante a cuantos asomaban a la presencia real, desde príncipes revestidos de diadema y púrpura; embajadores que representaban a sus soberanos independientes, a los califas de Asia, Egipto o España, a los reyes de Francia y de Italia, y a los emperadores latinos de la antigua Roma. Luitprando, obispo de Cremona, ⁵⁰ durante sus negociaciones afirmó el espíritu libre de un franco y la dignidad de su señor Otón, pero su sinceridad no puede ocultar la humillación de su primera audiencia. Al acercarse al trono, los pájaros del árbol de oro prorrumpieron en gorjeos, acompañados con el rugido de los dos leones también de oro. Luitprando y sus dos compañeros debieron saludar, postrarse en el suelo y tocarlo hasta tres veces con la frente. Se levantó, pero en aquel breve intermedio, el trono se había alzado desde el pavimento hasta el techo, apareció la figura imperial en nuevas y suntuosas vestimentas, y la entrevista terminó con majestuoso silencio. En su franca y curiosa narración, el obispo de Cremona relató el ceremonial de la corte bizantina que se practica todavía en la Sublime Puerta y que mantenían en el último siglo los duques de Rusia y de Moscovia. Después de un largo viaje por mar y tierra desde Venecia a Constantinopla, el embajador se detuvo en la puerta dorada hasta que fue conducido por unos funcionarios al palacio